Quisiera partir en mi reflexión de hoy, con esta frase de san Pablo (2 lectura: 1 Cor 10, 16-17): “Porque el pan es uno, nosotros, siendo muchos formamos un solo cuerpo, pues todos comemos del mismo pan”.

La comunidad cristiana está integrada por miembros de lo más diverso, no hay más que echar una mirada para darse cuenta. Sin embargo, comer del pan de la Eucaristía nos convierte en un solo Cuerpo. Un solo cuerpo significa que lo que le pasa a un miembro lo sienten y lo viven los demás como si les pasara a ellos. Si un miembro se alegra todos se alegran con Él. Si un miembro sufre, todos se sufren con Él.

Es la eucaristía, o sea comer del mismo pan, lo que construye la comunidad. Es cierto que la comunidad se construye también con otras actividades: reuniones, paseos, charlas, detalles de cariño, servicio a los pobres, etc. Pero todo eso es prolongación de la eucaristía. De la misa tomamos la fuerza para después llevar la misa a la vida. “"Mi Misa es mi vida, y mi vida es una Misa prolongada" decía San Alberto Hurtado. Porque es el Señor, con su Vida entregada y regalada para nosotros en el Pan, el que nos va uniendo cada vez más profundamente como hermanos. Es el Señor el que nos va haciendo cada vez más parecidos a Él.

Este es el regalo que se nos da en la eucaristía. Si recibes el Pan dignamente, te conviertes en aquello que recibes. Recibimos a Cristo para convertirnos en Cristo. Y Cristo Resucitado se hace visible en la comunidad cristiana reunida en su nombre. Vosotros sois el Cuerpo de Cristo. Sois visibilización de su Presencia.

Decía que, si recibes el Pan dignamente, te conviertes en aquello que recibes. ¿Pero qué significa dignamente? No significa que te sientas puro y perfecto para poder comulgar. Significa estar dispuesto a comprometerte con Jesús. La eucaristía no es el premio para los perfectos, sino un generoso remedio para el enfermo y alimento para el débil, como bien nos ha enseñado el papa Francisco (Cfr. Evangelii Gaudium 47). No es necesario ser puro y perfecto, sino estar dispuesto, humildemente, consciente de tus fallos y límites, a comprometerte con Jesús. Solo Él puede cambiar tu corazón y por eso comulgas, porque crees eso. No comulgas porque te crees santo, fuerte e intachable, sino como un enfermo que necesita su medicina, o como alguien débil que necesita fuerza y alimento, porque por ti solo, por tus propias fuerzas no te sostienes, no eres capaz de amar como Cristo desea.

Recibir el Pan dignamente tiene que ver también con ser después coherente y reflejar en tu vida aquello que recibes en la eucaristía. Por eso hoy además de ser el día del Corpus Christi, es también el día de la Caridad, y la colecta se destina para Cáritas diocesana, como signo de que la Eucaristía es fuerza para amar y comprometerse sobre todo en favor de los más necesitados.

“El que come este pan vivirá para siempre” nos dice el evangelio de hoy (Jn 6, 51-58). Es lógico, porque en el Pan recibimos la Vida de Dios, que es eterna. Si permanecemos en esta Vida, si nos asociamos a ella, si vivimos en comunión con Dios y con los demás, seremos eternos, como Dios es eterno y gozaremos para siempre del banquete celestial, del cual es anticipo la mesa de la eucaristía. Que así sea.

Mn. Antoni Reina